

DE EL DORADO A COMALA

Antonio Bernat Vistarini
(Universidad de Palma de Mallorca)



At the wrong time
to the right place.
(popular galesa)

EL LUGAR DEL MITO Y LA FABULA

1. No hay duda que entre El Dorado y Comala existe un amplio espacio histórico, sociológico y cultural. Ambos lugares, sin embargo, pueden ser considerados *míticos*. Interpretaremos cierta llamativa peculiaridad (o mejor, corriente; entendida como substrato general más que como particular movimiento) de la literatura hispanoamericana a partir de ese espacio mencionado.

Naturalmente, ambos lugares míticos serán también considerados más como metáforas o puntos terminales que en sentido estricto; hace al caso, entonces, alguna generalización acerca de los orígenes, modos de existencia y relaciones de los lugares míticos antes de adentrarnos en apreciaciones más concretas.

Genuinamente mítico es un acontecimiento que se cumple fuera del tiempo y del espacio. Mítico es también aquel acontecimiento que, para decirlo de forma no retórica, se cumple de una vez por todas. Por tanto, un lugar único. La unicidad material del lugar mítico parece sólo una concesión a la "matter-of-factness" del creyente, pero es sobre todo una necesidad de su fantasía, siempre obligada por la expresión corpórea, siempre más *poética* que mítica. Decir Olimpo, por ejemplo, pudo llegar a ser, en la prehistoria griega, como decir montaña; como todas las montañas¹.

La *consagración* de los lugares únicos ligados a un hecho, una gesta o una encrucijada histórica, es carácter de la *fábula* mítica. A un lugar entre todos se le da un significado absoluto, aislándolo del mundo -para mejor abarcarlo-

(1) Entre la gran cantidad de obras que tratan el mito en la literatura y de la literatura mítica; del mito de la literatura y de la mitificación y desmitificación; de la mitología y la literaturización del mito, y de las estructuras míticas en autores y novelas particulares, que sería prolijo enumerar, creo que lo más válido a nuestra teoría son las opiniones que César Pavese disemina a lo largo del volumen *Literatura y sociedad*, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires (sin fecha).

Así, por ejemplo, para cada uno de nosotros vuelven a la memoria ("el estómago de la historia", en el monólogo de *Yo, el Supremo*²) los lugares de la infancia, conteniendo en su seno las claves interpretativas que serán usadas en el futuro. Veremos luego la medida y originalidad con que Hispanoamérica hace uso de esta ley.

Con todo, ningún niño tiene conciencia de vivir en un mundo mítico pero vive, sin embargo, en el "paraíso infantil" de los adultos. Del mismo modo, los pueblos necesitan las figuraciones de su origen para saber que existen y para que éstas les proporcionen una base de interpretación personal, no sólo del presente en que han llegado a encontrarse sino también, fatalmente, del futuro. No todo espacio mítico irá necesariamente ligado a la idea del origen, pero podría jurarse que la contiene; así como -más o menos implícita- la idea de la muerte.

Ocurrirá también, por supuesto, y porque es difícilísimo evitarlo, que "el que vuelve a los orígenes encontrará orígenes nuevos" (Nietzsche).

Desde este punto de vista podría suponerse, por ejemplo, El Dorado como la infancia mítica de América Latina. Cosa ni nueva ni de complicado alcance para cualquiera. Pero si queremos usar esta suposición como imagen de una determinada visión de la Historia y estudiar el desarrollo de este enfoque, será necesario acotar e ir matizando bastante.

El Dorado como lugar de la infancia (mítica) de América Latina, cierto. Pero no debe olvidarse que para los europeos, sus fautores, era (ya entonces conscientemente) el *último* lugar mítico, y al que por tanto incorporarían de entrada la idea de la muerte. Proceso éste que podemos corroborar con otras figuraciones. Así la del Paraíso, lugar mítico por excelencia. Allá el mito primigenio de la paz de la inocencia, inmediatamente hermanado al complementario del *pecado original*, dejaría indelible para siempre el pensamiento del Paraíso de la idea de la muerte. A la vez, esa conjunción mítica sirvió para interpretar, justificar y encauzar gran parte de la palpable *realidad* histórica posterior (el "progreso" de la humanidad de un lugar a otro) en un sentido lineal de continua referencia a dicho origen.

Así también, el Judío Errante, símbolo y mito, como tantos, de las aspiraciones de la humanidad condenada a caminar siempre sin conocer el descanso, convierte el mar (una realidad igualmente palpable) en espacio mítico de búsqueda, pasión y muerte.

Es decir, espacios míticos que se quieren sustentadores únicos y, hasta cierto punto, claves interpretativas de lo humano en general. O, como en el caso que ahora nos ocupa, de unas actitudes comunes por más que tengan que ser necesariamente particularizadas (comunidad de gentes definidas por otro espacio, la geografía física que en cada caso encarnará y corporeizará la *fabulación* peculiar del mito).

Evidentemente, los espacios míticos, además de la fantasía, los sueños y los símbolos, los fabrica la historia concreta. Y la literatura los consagra intentando, en frase de Ernesto Sábato, "restituir el principio de unidad entre razón y mito"

(2) Augusto Roa Bastos. En Siglo veintiuno de España Editores; Madrid, 1976.

(y entre geografía -escenario real- y lugar mítico, podemos añadir nosotros). Deseo, a fin de cuentas, subyacente a todo afán individual y, en mucha mayor medida, a los empeños artísticos y literarios³. Por eso, seguir la estela del pensamiento y del tratamiento del lugar mítico, observar su desarrollo, muerte o transformación en otros, sus diferentes interpretaciones en el tiempo, será lo mismo que trazar la historia de esa literatura; o, mejor, la historia de la propia Historia convertida ella misma finalmente en lugar mítico. Veremos cómo ocurre este último proceso; y más adelante su concretización en cierto venero de la literatura hispanoamericana.

2. Es Historia, seguramente, una de esas palabras que ya rara vez pueden considerarse ni escribirse con minúscula. Se sea ateo o creyente, quien haya pensado una vez algo detenidamente (libremente o por imposición, tanto da) a Dios, para confirmarlo o negarlo, jamás sabrá volver a pronunciar su nombre sin universalizarlo, generalizarlo y significarlo como unicidad y destino. Lo contrario violaría gravemente el propio concepto de Dios y nos llevaría, en todo caso, a discurrir sobre *otra cosa*, tal vez divina pero ya no Dios. En la misma situación de miseria dialéctica ha llegado a encontrarse la Historia, dando en convertirse en la teología laica del presente⁴. El presente acaba así pareciéndose mucho a las caravanas de peniten-

(3) Esta tentativa, que para Sábato es la misión de la literatura, suele generar dos posturas base que tienen evidente repercusión en las actitudes estéticas:

a) "... lo que llamamos realidad es sólo su significado humano, expuesto y explicado desde dentro. El punto de partida, de referencia, y su objetivo es siempre el hombre (...). La captación de la realidad queda empapada de elementos míticos, siendo imposible separar la cosa en sí, su realidad absoluta, extrahumana, de la realidad mítica (...). La captación y luego la expresión son dos pasos que nos separan de la realidad de la cosa en sí, y nos llevan a regiones de estrecho contacto con lo mítico"; dice Marcelino C. Peñuelas en *Mito, literatura y realidad* (pp. 130-133).

b) Por contra, Alain Robbe-Grillet: "... el mundo no es ni significativo ni absurdo. sencillamente, es. Y es este ser precisamente su cualidad más chocante (...) Todos los escritores piensan que son realistas. Jamás alguno pretende ser abstracto, ilusionista, quimérico, farsante (...) El realismo no es ya una teoría definida sin ambigüedades que permite oponer algunos novelistas a otros; es por el contrario, una bandera bajo la cual se agrupa la inmensa mayoría —si no la totalidad— de los escritores de hoy". (*Pour un nouveau roman*, p. 171). Opinión que asombrosa y paradójicamente coincide con las de García Márquez (vid. Carmen Arnau: *El mundo mítico de Gabriel García Márquez*, Ed. Península).

Son dos posturas no tan inconciliables como pueda parecer. En todo caso, no dudamos que la respuesta "objetalista" de la segunda opción no conduce más que a la creación de un nuevo mito (mito actual que, tal vez, sirve para expresar las preocupaciones de un determinado momento, pero que aún usado de forma más atenuada que en aquel movimiento que ampulosamente se bautizara *nouveau roman*, sea tan sólo como intención —al modo que dice hacer García Márquez—, cae también en el agujero que estamos detectando).

(4) El libro apuntaría hacia esta cuestión es el del J. H. Plumb, *La muerte del pasado*, Barral Editores, Barcelona, 1974, si no fuera porque se empeña contra viento y (sigue

tes y peregrinos medievales que tocados los unos por la maldición y los otros por la ausencia de Dios lo buscaban para tenerlo a su favor. Del mismo modo, a través de archivos, tiranos, libertadores, cantigas, osarios y muertos, sobre todo muertos, se rastrea y persigue el fantasma histórico; se le festeja, publica y conmemora, se le intenta meter en cintura y, pues para ello se le conjura, se lo azuza luego contra los fantasmas históricos de los demás (que existen, desde este escorzo, bajo dos modalidades básicas: otra nación u otra clase): a esa espectral contienda llámase Historia, con mayúscula.

En un principio existió el pasado que, por lo ignoto y por estar fuera de los manejos que provoca la "conciencia de la Historia", era -como habíamos dicho- el sitio inencontrable del mito: el paso de las estaciones, la desaparición de los pueblos, el amanecer y atardecer de las pasiones, el renacer permanente de los sueños. En definitiva el discurrir de los *mismos* ríos. Lo demás es tiempo, pura *fabulación* precursora precisamente de la *noción de Historia*. Mientras ésta no aparece existe sólo el pasado, rico o mezquino, sereno o sangriento, mítico o físico; seguramente algo de todo ello y seguramente escorando hacia lo catastrófico, como cualquier recuento de lo humano. Se adquiere la noción de Historia, se *entra* en la Historia, se cae en un molde, cuando una costumbre pars a llamarse tradición (y el cambio de costumbre traición para unos e innovación para otros), y cuando el cultivo del ñame, la patata, el aguacate o el mango, y el régimen pluviométrico, pasan a formar parte de una cultura que hay que reivindicar, de un sentido histórico y, al cabo, de la determinación de la Historia.

También antes de Dios existía lo religioso. La idea de un Dios único iba a ir construyendo su muerte, pues es su explicación y aspira a ser, de ahí, su sentido exclusivo. "Lo mágico", tan en boga en la literatura que analizamos y que es al

(viene pág. anterior) marea en sostener, al final, justamente lo contrario que al principio para, con forzada piroeta, salvar su honor de historiador. Así, lo que nosotros definimos aquí como Historia, él lo denomina "pasado"; o mejor, mira el pasado desde el lugar que nosotros denunciamos, habiendo entonces, por eso, alguna correspondencia importante entre su término "pasado" y el nuestro Historia. No son sólo las nuestras, como se podrá apreciar, disensiones terminológicas. Plumb, a fin de cuentas, está trabajosamente fabricándose su "noción de Historia", acabando las más de las veces ahogado por el peso de una erudición que le proporciona datos contradictorios. Es interesante, por ejemplo, el siguiente párrafo para ilustrar tales disensiones y alguna afinidad:

"La fuerza del pasado en todos los aspectos de la vida es menor, mucho menor de lo que era hace no más de una generación; a decir verdad, pocas sociedades han asistido a una disipación tan rápida del prestigio del pasado. No faltará quien piense, acaso con razón, que esa disipación no es todavía bastante rápida, que el peso muerto del pasado sobre muchas creencias y muchas instituciones sociales, educativas y políticas, sigue siendo un factor de crisis y que, aun acongojado por las ansias de la muerte, el pasado está tardando en morir más de la cuenta. Sea de ello lo que fuere, la responsabilidad del pasado recae, por lo menos en parte, sobre los historiadores, que tan resueltamente han rebatido sus interpretaciones míticas, religiosas y políticas". Creemos que el "peso muerto" que señala Plumb no es el del pasado, sino el del historicismo.

mito lo que este Dios a lo religioso, acusará la misma lógica. La Historia, en cuanto que reinterpretación y dirección, no puede ser tampoco sino la *muerte del pasado* ⁵, la lucha contra la "tozudez" de los hechos (Marx). La Historia será siempre una ideología (la criada-para-todo de la autoridad, las más de las veces). Hará funciones de analgésico, de opio, no ya de las masas sino de los intelectuales de sensibilidad más depurada; y no porque pueda ser interesada y tramposa respecto a los hechos, a instancias del poder y de la conveniencia (lo que suele constituir la primera, más frecuente y en el fondo ingenua acusación), no. La Historia es la muerte del pasado única y exclusivamente en cuanto que es *noción de Historia*, independientemente de su mayor o menor consecución teórica o fidelidad a los hechos, y aun eludiendo las imposiciones de la ideología dominante. No se la podrá desautorizar, pues, por sus posibles falsedades, o por las gestas o crímenes cometidos en su nombre —como sí a cualquier otro mito—, sino porque es siempre la Historia la que se *comete*, a posteriori, en nombre de esos crímenes; y dándoles sentido, el que sea, los desrealizar y justifica; como El Dorado ⁶ serviría para justificar lo que con él hizo la Historia.

(5) El pensamiento historicista difícilmente deja de actuar sobre el futuro; entre otros motivos, por lo que Karl R. Popper en *La miseria del historicismo* (Taurus, Madrid, 1961) llama "Efecto de Edipo": "La idea de que una predicción puede influir sobre el suceso predicho es muy antigua. Edipo, en la leyenda, mata a su padre, a quien nunca había visto, y esto era el resultado directo de la profecía que hizo que su padre le abandonase. Esta es la razón que me hace sugerir el nombre de "Efecto de Edipo" para la influencia de la predicción sobre el suceso predicho (o, más generalmente, para la influencia de una información sobre la situación a la que la información se refiere), sea esta influencia en el sentido de hacer que ocurra el suceso previsto, sea en el sentido de impedirlo" p. 27.

(6) Para tener un conocimiento cabal del fenómeno de El Dorado, así como de la figura de Lope de Aguirre, su personaje paradigmático, es irrecusable "Lope de Aguirre, 'traidor'", capítulo 2 de *El Señor Inquisidor y otras vidas por oficio*, de Julio Caro Baroja (Alianza Editorial, Madrid, 1968). Hay en él un apartado, "excursus bibliográfico", donde se critica toda la bibliografía al respecto. Hay que mencionar, sin embargo, la minuciosa edición de la *Jornada de Omagua y Dorado*, de Francisco Vázquez, hecha en 1979, en Madrid, en la colección Libros de los Malos Tiempos de Miraguano Ediciones.

Cuando Colón descubrió el Nuevo Mundo estaba seguro de haber llegado a las proximidades de la Tierra Prometida del Antiguo Testamento, muy cerca de donde debía hallarse el Paraíso Terrenal. Que su certeza era absoluta lo demuestra que se hiciera acompañar por Rodrigo de Jerez, judío converso que conocía el hebreo y el arameo, probables idiomas del Edén. La certeza de Colón era común a muchos de los conquistadores, y el contacto de la realidad americana no hizo sino transformarla. Cirlot, en su *Diccionario de Símbolos*, da cuenta del error cometido desde la época de la conquista al identificar con una comarca, Eldorado o El Dorado, el mito derivado de una costumbre ritual de las tribus indígenas de Colombia y Ecuador, según la cual el monarca, hijo del sol, se recubría de polvo de oro antes de bañarse en el lago sagrado de Guatavita.

Fuese cual fuese el origen del mito, la conquista de El Dorado es uno de los principales motores en la exploración del Nuevo Mundo y el umbral de un cierto modo de concebir la Historia que Hispanoamérica todavía no ha podido obviar (véase al respecto el artículo de Arturo Uslar Pietri "Tres desventurados aventureros", que recoge en *En busca del Nuevo Mundo*, F. C. E., México, 1969).

Si Dios fue ideado entre otros motivos y complejidades, primariamente, para mejor morir, a la Historia se la inventa para que esta muerte tenga rostro humano ⁷. Si la Historia es la muerte del pasado, la conciencia de la Historia, el sentido histórico, última ideología y lugar mítico del hombre, es la del presente: la muerte de una realidad saqueada por su proyecto. Cualquiera que *historice* y explique un simple amor de juventud, lo haga con rigor o en busca de consuelo, sabe que ha perdido definitivamente la memoria y el recuerdo de ese tiempo, convertido en clave, código o mero eslabón hacia eventos posteriores.

Escabar, entonces, en la Historia jamás nos devolverá el pasado; hallaremos sólo la misma conciencia de la Historia ⁸. Ante ella suelen conducir hoy los revolcones contumaces que dan los escritores hispanoamericanos a la búsqueda de su identidad, casi sin excepción. Acaban, siguiendo la mayoría de ellos un proceso muy similar, topándose con un huero mausoleo (desolador ejemplo el de *Terra Nostra* de Carlos Fuentes), que además es ficticio, y que les obliga a un futuro entre los infinitos posibles ⁹. Vemos pues cómo la Historia es el último lugar mítico que

(7) Bergamín poetiza la misma idea en uno de sus *Aforismos de la Cabeza Parlante*: "A sus abnegados heroicos que iban a poblar el Nuevo Mundo, aconsejaba Goethe que no llevarsen a él tambores ni campanas: ni libros ni botellas. Entonces —pensaría alguno menos silenciosamente abnegado que los demás— lo mejor es no ir". (Ediciones Turner, Madrid, 1983, p. 14).

(8) "—No nos iremos —dijo—. Aquí nos quedamos, porque aquí hemos tenido un hijo. —Todavía no tenemos un muerto —dijo él—. Uno no es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo tierra.

Ursula replicó, con suave firmeza:

—Si es necesario que yo muera para que se queden aquí, me muero". Leemos al principio de *Cien años de soledad*.

Sucedería esto, evidentemente, en el Principio: el futuro (el hijo) ni siquiera entonces era suficiente para arraigar al hombre; se necesitaba sobre todo un pasado.

Pero al final de la novela, a más de muertos personales, existen ya muertos abstractos, históricos, en forma de aquel tren cargado de cadáveres cuya memoria intenta transmitirse de padres a hijos. Eso, que ya no es el pasado sino la Historia, acabará borrando también a Macondo.

Sagaz, y lógica, la frase del héroe: "De tanto estar jodido, me he vuelto muy histórico". (R.J. Sender, *El bandido adolescente*). Excesivo empieza a ser ya, y consecuente, que de tanto estar históricos nos encontremos, cada vez, más jodidos.

(9) No ha estado jamás muy claro, ni siquiera para los expertos bizantinos, cuál fue en esencia el pecado original, frutas aparte, de cuya mácula y oscuro peso ni una sola civilización, bárbara o culta, ha librado el subconsciente (como demuestra Mircea Eliade en *Mito y religión*); hoy, en nuestra hipertrofia, estamos en condiciones de afirmar que, con absoluta seguridad, tal pecado no pudo ser sino la conciencia de la Historia. El hombre se diferencia del animal en que es consciente de ser consciente de sí mismo; y se diferencia del ángel en la conciencia y la seguridad de la Historia. Ningún otro pecado original es científicamente admisible para la razón.

aboliendo todos los anteriores los eterniza racionalizados. Vemos también cómo la bienintencionada propuesta de Uslar Pietri va a acabar, en la práctica (y sobre todo en la práctica literaria) siendo ingenua y vana: “El remedio estará en enfrentarse con la más dura América nuestra y en buscarle la cara en insurgencia creadora. En regresar a luchar en nuestra América la pelea de nuestra América, de nuestro mundo, de nuestra hora, con un credo liberal o socialista, pero con el propósito de hallar lo nuestro y expresarlo, no para hacer el Massachusetts o la Bielorrusia de América Latina, sino la América Latina del mundo. Es decir, nueva y finalmente, la coronación de la vieja empresa de hacer el Nuevo Mundo”¹⁰.

EL CAMINO DE SANTIAGO

El cuento de Alejo Carpentier¹¹, cuyo título encabeza este apartado, ejemplifica (con toda la precisión que asunto tan escurridizo permite) la teoría que aquí nos proponemos desarrollar. Sería por tanto conveniente, y casi necesario, tenerlo presente, como referente y visualización, durante la lectura de lo que sigue.

“Buscando las Indias reales se encontró el hombre con América: cuando busca las ideales, ¿con qué se encontrará?”, se preguntaba Heine. No vamos -sería, cuando menos, únicamente anacrónico - a meternos en posturas idealistas. Nuestra intención es analizar la conciencia de la Historia que vemos reflejada en determinada veta de la literatura hispanoamericana. La frase de Heine nos proporciona una feliz introducción. Hablaremos en primer lugar, de lo que efectivamente se encuentra “el hombre” (el español del XVI) que se lanza - o mejor, *es lanzado* - desde el trampolín frenético de Sevilla al mar americano; y lo haremos de modo quizá alegórico, o literario como avanza el título, que a más de ahorrar excesos textuales resulta en este caso doblemente indicado. Una primera impresión decide que la distinción de Heine entre Indias reales e ideales adolece de contornos confusos a poco que nos adentremos en la narración

(10) Op. Cit., p. 47. La intención de hacer “nuevamente” el Nuevo Mundo es una intención que, a estas alturas, nos aterra: “Le temps ne passe pas, / le temps commence”, decía Paul Eluard.

Sea como fuere, el historiador, si no es poeta, miente hasta cuando dice la verdad: pero si es poeta -si sabe decir, escribir para que se lea, para hacer legendario lo que pasa- dice la verdad, aunque mienta. Es decir, la fábula, la buena fábula, es de forma incontestable la mejor manera de *hacer* la Historia. A veces es posible matar “bien” al pasado.

Hemos intentado explicar la desazón que produce constatar la insistencia, a trechos ciega, con que Hispanoamérica busca “su identidad” cayendo harto frecuentemente (ya sea en ensayos o novelas) en este círculo vicioso que supone acabar siempre reflexionando o narrando no historias sino la Historia, su noción y sus límites. Siguiendo un proceso lineal claro, muchos autores llegan a hacer exclusivamente Metahistoria, del mismo modo que se hace Metapoesía; formas de cerrar las puertas a la historia y a la poesía.

(11) Alejo Carpentier: *Cuentos completos*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1979.

de esa búsqueda; pero si miramos la primera proposición, que es la que nos interesa, tales contornos se nos delimitarán un poco más. "Buscando una Indias reales se encontró el hombre con América"; o, en otras palabras, se encuentra con un continente que tiene que llenar de contenido. La percepción de los contenidos también dependen de códigos y lenguajes heredados, y en ese sentido América se ofrecía vacía: imperceptible ¹². Para percibirla era preciso llenarla antes, como ocurre con cualquier *terra incógnita* de la geografía, del entendimiento o del corazón. Y el contenido para realizarla no podía ser otro que la Historia; para quienes allí moraban, la idea de la Historia, ajena hasta entonces.

Naturalmente, Juan Soldado tampoco sabe nada de ella, pero está tocado por su maldición que es a la vez lastre y fermento, levadura de nuevas figuraciones, y porta sobre la frente, cubierta por el yelmo, la marca y el signo de los hijos de Caín, que así inauguró la Historia para toda su estirpe y para siempre mediante un acto criminal y voluntario que alterase en su favor el destino. Caín, histórico, sale del Edén constantemente, insistentemente. Juan Soldado, que igualmente pudo ser noble arruinado, hidalgo sin suerte matrimonial, artesano caído en desgracia, rutinario portaestandarte en Flandes, dominico de fé clamorosa o, más probablemente, una multitud de sicarios, ladrones, proxenetes, aventureros de oficio, visionarios, chamanes, desheredados, curas renegados y saltimbanquis varios, no sabe nada de estas honduras, ni de la marca de su frente ni de la retórica de la historia. Su sentido del oro, la fuga y la disipación es muy superior al de la obligatoriedad de todas las cosas de este mundo. Mejor conoce los garitos de Flandes, las pestes de Nápoles, la hambruna que va y viene, las hazañas de Palmerín de Oliva, la seca ambición cristianizadora de los cardenales, los bergantes que vuelven indianos hablando de bestias increíbles y los bergantines que cruzan el mar para esperanza de desesperados y libertad de esclavos, que los vericuetos laberínticos del pasado que sostienen.

Y como de esos galeones nunca vuelve a oírse o, si se oye, jamás es con palabras de la realidad sino con algunas demasiado antiguas, que se creían perdidas en los libros de caballerías y los Evangelios -o demasiado jóvenes para que su objeto sea conocido-, Juan Soldado resultará por completo ajeno, en su fascinación, a las maniobras de la Historia. Ignora, ciertamente, que en todas esas cosas consiste (o ha llegado a consistir en la Europa sin escapatoria). Y que por eso, la estirpe de Caín, que también tuvo sin saberlo el don de la Historia, ha vagado desterrada desde que el mundo es mundo con pasos perdidos, borrachos o imprecisos, sin dirección ni medida, para enterarse de una vez por todas a dónde hay que vagar. Cuando Juan Soldado vuelva, seguramente más pobre y con más heridas, y algunas fiebres, desilusionado como todos los que retornan del Paraíso, repetirá y narrará a las gentes no los hechos que vivió sino los sueños ambiciosos que su corazón albergaba a la partida; y casi las

(12) Aun en fecha tan próxima como *El retrato de Dorian Gray*, Oscar Wilde se atreve a conjeturar: "Perhaps, after all, America never has been discovered... I myself would say that it had merely been detected".

mismas legendarias palabras de quienes a la marcha le tentaron. Tal vez con fatalismo, cinismo o tedio; pero más aún con los ojos cargados de tristeza, porque "cuando la leyenda es superior a la realidad, hay que seguir la leyenda" (John Ford): será entonces Juan Indiano, o Juan Cronista. El Dorado, cerca de Potosí, donde rindieron el alma millones de indios para surtir de plata los galeones insaciables camino de España (y luego otra vez a Flandes, seguramente), continuará existiendo para los jóvenes soldados.

O lo que es lo mismo la Historia, Juan Cronista ¹³, encontrándose y *conociéndose* en la más extrema desnudez ante la radical extrañeza de América y el *silencio* de los indios Guanahaní que ni él ni Juan Soldado (siempre son el mismo) pueden entender o concebir como *otra historia*, se viste cada vez más de andrajos, haciéndose lenguas de feria en feria, hasta tanto el indio aprenda - a la fuerza ahorcan - y llegue a creérsela mucho más de lo que el propio Lope de Aguirre, y desde luego el cauto y pragmático Pedro de Ursúa -por no hablar otra vez del dominico; o del fullero y el bergante- consiguieron creérsela nunca; siéndoles -como les era- vestimenta de su azar, su necesidad, su megalomanía y, por qué no decirlo, también su inocencia arrogante.

(13) En el cuento no aparece la figura que nosotros llamamos Juan Cronista, pero es razonable suponer que seguiría el mismo desarrollo que Juan, Juan Soldado, Juan Romero, Juan de Amberes, o Juan Indiano.

"Pero allí todo es chisme, insidias, comadreo, cartas que van, cartas que vienen, odios mortales, envidias sin cuento, entre ocho calles hediondas, llenas de fango en todo tiempo, donde unos cerdos negros, sin pelo, se alborozan la trompa en montones de basura. Cada vez que la Flota de la Nueva España viene de regreso, son encargos a los patrones de las naves, encomiendas de escritos, misivas, infundios y calumnias, para entregar, allá a quien mejor pueda perjudicar al vecino. En el calor que envenena los humores, la humedad que todo lo pudre, los zancudos, las nihuas que ponen huevos bajo las uñas de los pies, el despecho y la codicia de menudos beneficios -que grandes allí no los hay- roen las almas. Quien sabe escribir no usa la merced en escribir discursos de provecho, a la manera de los antiguos, alguna pastoral o invención de regocijo para el Corpus, sino que se las pasa mandando quejas al Rey, habladurías al Consejo, con la pluma mojada en tinta de hiel. Mientras el gobernador trata de desacreditar a los Oficiales Reales en carta de ocho pliegos, el obispo denuncia al Regidor por amancebado; el Regidor al Obispo, por usurpar cargos de Inquisidor, no conferidos por el cardenal de Toledo; el Escribano Público acusa al Tesorero, amigo del alcalde, acusa al Escribano de pícaro y trapacero. Y va la cadena, rompiendo siempre por lo más débil o lo más forastero. A éste se denuncia de haber comprado hierbas de buen querer a un negro brujo, a quien mandarán azotar en Cartagena de Indias; al Pregonero, porque dicen que cometió el nefando pecado; al Encomendero, por haber movido los linderos de un realengo; al Chantre, por lujurioso; al Artillero por borracho, al Pertiguero por bujarrón. El barbero de la villa -bizco que daña con el solo mirar cruzado- es la espinada de la cadena de infamias, afirmando que doña Violante, la esposa del antiguo gobernador, es zorra vieja que tiene comercio deshonesto con sus esclavos. Y así se lleva, en este infierno de San Cristóbal, entre indios naboríes que apesantan a manteca rancia y negros que huelen a garduña, la vida más perra que arrastrarse pueda en el reino de este mundo. ¡Ah! ¡Las Indias! ¡Las Indias!" (pág. 35-36).

Adelántandonos un momento sobre el grueso de lo que será el desarrollo posterior de estas disquisiciones, no más que por el gusto de repetir cuán difícilmente justificables son ciertas biblias psichistóricas como la ya mentada *Terra Nostra*, apuntamos el rigor con que rinde Carlos Fuentes vasallaje sumiso a lo anteriormente señalado, disfrazando América con los harapos de El Dorado y éstos a su vez con los del Escorial, llegando -pero patinado- hasta la *Iliada* y más que hubiera, igual que Juan el Cronista disfrazaba el caimán en bestia mitológica: la diferencia consiste en que áquel no creía en bestias mitológicas y Fuentes, asombrosamente, no puede creer en meros caimanes.

No cabe duda que la España de los siglos XVI y XVII es un lugar de enorme concentración histórica. Se ha explicado el fenómeno de la expansión ultramarina con razones de crecimiento demográfico, de generalización del capitalismo, de adelantos en la navegación, de cierta pacificación interna de los países colonizadores, etc. Europa se quedaba pequeña y había dinero que invertir. Los españoles de los Reyes Católicos, cristianos devotos que cantaban la *Salve* para anunciar cada hora, formados en la concepción social y política de las *Siete Partidas*, con la sensibilidad condicionada para gozar del gótico florido y del labrado plateresco, que concebían la vida como una interminable guerra de conquista en favor de un reino señorial y católico, se embarcaban en las "carabelas del mundo muerto"¹⁴ portando la extraña cosmovisión que atracara en la playa de San Salvador.

Todo ello, vimos, sería la aleatoria iconografía de lo que hemos venido señalando. Pero las carabelas significaron también, lógicamente, una huida y liberación de tal campo de concentración histórica dando lugar a más de un tipo de respuesta circunstancial frente a tal liberación. Fuga, que a fin de cuentas será sólo el trasplante de la Historia.

Podemos sintéticamente encontrar dos formas casi antagónicas de huida de España y darles vida bajo los personajes emblemáticos de Lope de Aguirre por una parte y de Fray Bartolomé de Las Casas por otra.

La huida de Lope de Aguirre es por todos conocida. Baste leer la carta que mandó a Felipe II y cuyo análisis detallado, por más que interesante, no cabe aquí. La carta refleja a la perfección (con sus tan enormes como explicables contradicciones -vid. nota ⁶-) la forma de su huida y su visión de la Historia. Para muestra este famoso botón: "Por cierto lo tengo que van pocos reyes al infierno, porque sois pocos; que si muchos fuédeses, ninguno podría ir al cielo porque creo allá seríades peores que Lucifer, según tenéis sed y hambre y ambición de hartaros de sangre humana; mas no me maravillo ni hago caso de vosotros, pues os llamáis siempre menores de edad y todo hombre inocente es loco; y vuestro gobierno es aire." Mal podría maravillarse o hacerles caso cuando en su propio terreno les andaba superando. Ese "ni hago caso de vosotros" que utiliza para huir servirá sólo para llevar ad *absurdum* un discurso ya escrito.

Pero con Fray Bartolomé entramos ya en un más consciente intento de crea-

(14) Arturo Uslar Pietri: op. cit., p. 27.

ción de *otra* Historia. El es un hombre de cultura, no un enajenado caballero andante. Sabe que el peso de la Historia que portan sobre los hombros los españoles, al transplantarse a América, no puede sino producir el compendio de atrocidades que toda su obra, no sólo la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*¹⁵, relata.

El poso amargo que ha venido acompañando durante los siglos las polémicas¹⁶ que levanta el dominico, ya lo denunció en el XVII su más sagaz teórico político español, don Diego de Saavedra Fajardo. No podemos evitar transcribir con bastante completud uno de los pocos pasajes de la *Idea de un príncipe político cristiano en cien empresas*¹⁷ donde, por conocer directamente lo que cuenta, alcanza un máximo de descripción emotiva. Preside su discurso la idea de que las naciones más deben temer a los historiadores que a sus enemigos, llegando a decir (p.189) que "Siendo la fama y la infamia las que obligan a obrar bien, y conservándose ambas con la historia, conviene animar con premios a los historiadores y favorecer las imprentas, tesorerías de la gloria, donde sobre el depósito de los siglos se libran los premios de las hazañas generosas".

Habla de la mentira y la difamación, y aun queriendo defender de ella, de la *Leyenda Negra*, a España, no puede dejar de ver la maldición de toda entrada en la Historia. De tal defensa, en resumen, podemos paradójicamente deducir que Las Casas se quedó corto. Dice "Ingeniosa y nociva traza, aguda malicia, que en los ánimos sencillos obró malos efectos, aunque los prudentes conocieron luego el engaño, desmentido con el celo de la religión y justicia que en todas partes muestra la nación española, no siendo desigual a sí misma en la Indias. No niego que en las primeras conquistas de América sucederían algunos desórdenes, por haberlas emprendido hombres que, no cabiendo la bizarría de sus ánimos en un mundo, se arrojaron, más por *permisión que por elección de su rey*, a probar su fortuna con el descubrimiento de nuevas regiones, donde hallaron idólatras más fieros que las mismas fieras, que tenían carnicerías de carne humana con que se sustentaban. Los cuales no podían *reducirse a la razón* si no era con la fuerza y el rigor. Pero no quedaron sin remedio aquellos desórdenes, enviando contra ellos los Reyes Católicos severos comisarios que los cas-

(15) Ed. Cátedra, Madrid, 1982. Edición de André Saint-Lu.

(16) Véase, por ejemplo, Menéndez Pidal, Ramón: *La Lengua de Cristóbal Colón*, col. Austral, Ed. Espasa Calpe. Tercera edición, Buenos Aires, 1947. De la pág. 89 a la 106. Así como la posterior acertada refutación de los sentimentalismos pidalianos (al estilo de "nació —Las Casas— a la luz de la fama matando la fama de su patria, como el vibrezno que al nacer desgarrar las entrañas de su madre" —pág. 92—, etc.) que lleva a cabo Juan Goytisolo en *El Furgón de Cola*, Seix Barral, Barcelona, 1976.

Nosotros no entramos en la personalidad, exageraciones y circunstancias del dominico. Denunciando un aspecto del mito de la Historia, lo usamos únicamente como metáfora bajo la cual el lector podrá colocar una larga lista de nombres.

(17) Editora Nacional, Madrid, 1976. Edición de Quintín Aldea Vaquero en dos volúmenes. El largo texto que transcribimos, hace casi irónicas, desde el problema de la Historia, las disputas sobre las minucias e hipérbolos lascasianas.

tigasen, y *mantuviesen los indios en justicia*, dando paternales órdenes para su conservación, eximiéndolos del trabajo de las minas y de otros que entre ellos eran ordinarios antes del descubrimiento; enviando varones apostólicos que los instruyesen en la fe, y sustentando a costa de las rentas reales los obispados, los templos y religiones, para beneficio de aquel nuevo plantel de la Iglesia, sin que después de conquistadas aquellas vastas provincias se echase menos la ausencia del nuevo señor. En que se aventajó el gobierno de aquel imperio y el desvelo de sus ministros al del sol y al de la luna y estrellas, pues en sólo doce horas que falta la presencia del sol al uno de los dos hemisferios, se confunde y perturba el otro, vistiéndose la malicia de las sombras de la noche, y ejecutando con la máscara de la escuridad homicidios, hurtos, adulterios y todos los demás delitos, sin que baste a remediallo la providencia del sol en comunicalle por el horizonte del mundo sus crepúsculos, en dejar en su lugar por virreina a la luna, con la asistencia de las estrellas como ministros suyos, y en dalles la autoridad de sus rayos; y *desde este mundo* mantienen aquél los reyes de España en justicia, en paz y en religión, con la misma felicidad política que gozan los reinos de Castilla.

Pero porque no triunfen las artes de los émulos y enemigos de la monarquía de España, y quede desvanecida la invención de aquel libro (la *Brevísima relación*), considérense todos los casos imaginados que en él fingió la malicia haberse ejercitado contra los indios, y pónganse en paralelo con los verdaderos que hemos visto en las guerras de nuestros tiempos, así en la que se movió contra Génova, como en las presentes de Alemania, Borgoña y Lorena, y se verá que no llegó aquella mentira a esta verdad. ¿Qué géneros de tormentos crueles inventaron los tiranos contra la inocencia, que no los hayamos visto en obra, no ya contra bárbaros inhumanos, sino contra naciones cultas, civiles y religiosas; y no contra enemigos, sino contra sí mismas, turbado el orden natural del parentesco, y desconocido el afecto a la patria? Las mismas armas auxiliares se volvían contra quien las sustentaba. Más sangrienta era la defensa que la oposición. No había diferencia entre la protección y el despojo, entre la amistad y la hostilidad. A ningún edificio ilustre, a ningún lugar sagrado perdonó la furia y la llama. Breve espacio de tiempo vio en cenizas las villas y ciudades, y reducidas a desiertos las poblaciones. Insaciable fue la sed de sangre humana. Como en troncos se probaban en los pechos de los hombres las pistolas y las espadas, aun después del furor de Marte. La vista se alegraba de los disformes visajes de la muerte. Abiertos los pechos y vientres humanos, servían de pesebres, y tal vez en los de las mujeres preñadas comieron los caballos, envueltos entre la paja, los no bien formados miembrecillos de las criaturas. A costa de la vida se hacían pruebas del agua que cabía en un cuerpo humano, y del tiempo que podía un hombre sustentar la hambre. Las vírgenes consagradas a Dios fueron violadas, estupradas las doncellas y forzadas las casadas a la vista de sus padres y maridos. Las mujeres se vendían y permutaban por vacas y caballos, como las demás presas y despojos, para deshonestos usos. Uncidos los rústicos, tiraban los carros, y, para que descubriesen las riquezas escondidas, los colgaban de los pies y de otras partes obscenas, y los metían en hornos encendidos. A sus ojos despedazaban las criaturas, para que obrase el amor paternal en el dolor ajeno de aquéllos, partes de sus entrañas, lo que

no podía el propio. En las selvas y bosques, donde tienen refugio las fieras, no le tenían los hombres, porque con perros venteros los buscaban en ellas, y los sacaban por el rastro. Los lagos no estaban seguros de la cudicia, ingeniosa en inquirir las alhajas, sacándolas con anzuelos y redes de sus profundos senos. Aun los huesos difuntos perdieron su último reposo, trastornadas las urnas y levantados los mármoles para buscar lo que en ellos estaba escondido. No hay arte mágica y diabólica que no se ejercitase en el descubrimiento del oro y de la plata. A manos de la crueldad y de la cudicia murieron muchos millones de personas, no de vileza de ánimo, como los indios, en cuya extirpación se ejercitó la divina justicia por haber sido tantos siglos rebeldes a su Criador. No refiero estas cosas por acusar alguna nación, pues casi todas intervinieron en esta tragedia inhumana, sino para defender de la impostura a la española. La más compuesta de costumbres está a riesgo de estragarse.

Vicio es de nuestra naturaleza, tan frágil, que no hay acción irracional en que no pueda caer, si le faltare el freno de la religión o de la justicia." (pp.164-167) El texto habla por sí solo.

Fray Bartolomé significa el primer intento de huir de la forma habitual de actuar de los europeos, así como de percibir claramente el absoluto descrédito histórico en que ha caído el cristianismo, convirtiéndose en su propia caricatura; y con él se revela atroz el sistema europeo. Pero todo ello sustentado sobre la visión del renovarse o morir ("También ha de advertirse, la solemne predicción, cuyo eco seguiría resonando en la *Brevísima Relación* y en textos posteriores, de la próxima "destrucción" de España, de no ponerse término a la calamidad de los repartimientos" ¹⁸); o mejor, renovarse para -como decía Fray Domingo de Soto- "examinar qué forma puede haber cómo quedasen subjectas aquellas gentes a la majestad del Emperador, nuestro señor, *sin lesión de su real conciencia*." Los refinamientos del imperialismo que hoy conocemos.

EL CAMINO DE GUANAJUATO

"El Consejo de Ministros concluyó aprobando por unanimidad la constitución de dos equipos de trabajo (con sus respectivos subcomités y grupos de expertos), quedando personalmente a cargo del General el equipo II-A-1, es decir la Subcomisión Encargada de Elaborar los Mitos, Leyendas y Tradiciones de la República Meridional y Humanista de Teremetere".

(Harry Belevan).

Habiendo anotado pues cómo el conquistador mitificó el Nuevo Mundo, y creó en él un primer lugar mítico al que, generalizando, hemos llamado El Dora-

(18) Fray Bartolomé de las Casas, op. cit. Introducción, pág. 19.

do; además de, con el tiempo otro más amplio y abstracto, pero sin retorno, como es el propio concepto de la Historia, y la Historia misma, veamos en el terreno específicamente literario cuál es el comportamiento frente a esta situación de ruptura temporal, mestizaje, mitificación impuesta y sumisión a una idea inédita del pasado.

La literatura es ya, por sí sola, como suplantación de la realidad, una forma de respuesta. Lezama Lima, en unas conversaciones (*Interrogando a Lezama Lima*, Cuadernos Anagrama, 1971), afirmaba conferir a la literatura el papel de "Descubrir en una sentencia la intención de nuestros pasos (...) quitarle horas al sueño y profundizar el sueño (...) Quedarse absorto, *preguntar por qué algunos campesinos se persignan delante de un árbol sagrado como la ceiba*". Es decir, responder no sólo al pasmo en general, como es lógico intento de toda literatura, sino a uno más específico fruto de esa larga conjunción de fenómenos (la cruz y la espada, la cruz y la ceiba) descrita que abocó a Latinoamérica a una mitificación y una muy particular alquimia de razones y sueños, *Popol Vuh* y *Evangelios*, de complicada resolución. Porque si ninguna mitificación es inocente —y la del Nuevo Mundo menos que ninguna, como han tenido que ver los siglos—, tampoco lo mitificado puede liberarse luego de pecados complementarios.

Bastante pronto, y casi siempre, lo mitificado se convertirá en víctima o herramienta del mitificador. En su siervo, pues sólo se mitifica *para poseer* aquello que sería inalcanzable, que no puede estar presente, que nunca existió o ya no existe.

El dueño del mito, los conquistadores españoles, "Europa", podrá con cierta facilidad, aunque de modo casi involuntario —y aun inevitable— librarse de él tan pronto haya poseído, en mayor o menor grado, o se le haya hecho inútil como modelo explicativo, el objeto de mitificación (o en el momento que la posesión deje de ser interesante por simple pérdida de su valor en el deseo, la razón o el estómago). Pero si lo mitificado es un lugar, un tiempo y unas gentes, por lo mismo, no se poseerá ya nunca y, además de no poder liberarse de quien lo bautizó, de su recuerdo (que pasa a formar parte, y principal, de la asunción del propio mito —pecados complementarios a los que nos referíamos antes—), menos se liberará de una autopercepción gravemente alterada, disrónica con los sucesivos presentes; y de una propia imagen exagerada cuanto menos, pues esa será su única manera de poseerse y situarse. El mismo Lezama, tras citar el *Diario* de Martí cuando dice que "En América todo es hermoso y constante, todo es música y razón" (idea esta de constancia y música que parece remontarse al tiempo sin Historia), añade: "Es decir, todo va a confluir en algo que *parece que nos esperaba*, en algo que estaba como al acecho, tentándonos"; con lo que incorpora a la frase de Martí una esperanza casi idéntica a la que albergaron en El Dorado los conquistadores, mostrando una asunción e incluso un abundamiento en el propio mito que no es sino la exageración antes mencionada. Del mismo modo que, fatigando la metáfora, el esclavo que empieza a saberse por la argolla, a la fuerza terminará haciendo de ella arma; entre otros motivos, nada banales, por haber sido reducida su personalidad a esta contingencia y no existir manera alguna de defensa sino la personalidad que se nos reconoce —con la que no se nos reconoce sólo nos podemos quejar, y en solitario—. Arrojàndola a su vez, y aun

ampliada, contra quien así "mitificó" y condenó al mito, se reafirma la supuesta identidad -no necesariamente falseada sino en cuanto que mítica- y *hace verdad* lo que fue argucia y mentira del dominador mediante el paso de rosca de dicha argucia. Momento en que el mitificador empieza a acusar esta defensa como agresión.

No olvidemos que, además, en el caso de América Latina, sobre esa personalidad o identidad gravita también el fenómeno añadido del mestizaje, que por amplio y conocido no vamos a tocar sino de pasada y en cuanto que venga a dar exactitud a lo anterior. Es decir, a la manera cómo la "discronía" ("Hay como una intemporalidad provocada por el fenómeno de mestizaje", dice Uslar Pietri en *En Busca del Nuevo Mundo*) incide todavía más en la mitificación aceptada por el mitificado que, amén de serlo, ha dejado por sangre y biología de ser quien era.

En palabras de Simón Bolívar en el *Discurso al Congreso de Angostura* (1819): "...no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado"¹⁹.

Tan extraordinario y complicado, en verdad, que a la fuerza tenía que complicar más aun la demencia esquizoide de una imagen propia ya muy castigada por la carga mítica traída por esos europeos o invasores. De *Facundo*, libro clave que sólo un mestizo cultural como don Domingo Faustino podía escribir, dice Uslar Pietri que, aun cuando para la crítica habitual sólo sea la representación del dilema civilización-barbarie, lo que en realidad miraba *Facundo* "no era ni podía ser barbarie, sino el estancado y mezclado resto de la civilización que los españoles de los siglos XVII y XVIII intentaron implantar en América". O lo que es lo mismo: la barbarie mítica, incluso de la geografía, y por tanto la esencia del mito, no estaba en América sino en cierta idea de la Historia (como venimos repitiendo), aunque, por imperativo de respuesta, a la fuerza se tuvo que aceptar lo primero.

Toda mitificación, entonces, implica, preludia y conlleva un saqueo. El objeto mitificado deberá, casi inexorablemente, rebelarse con las propias cadenas con que la mitificación lo ha aherrojado; en la literatura, que es la rebelión más constante cuando las otras son imposibles o descansan - además de ser lo que aquí interesa -, el efecto resulta mucho más notorio pues llega a la máxima exageración del propio mito, para entenderlo y devolverlo. Y no solamente por necesidad de autoafirmación, por venganza o porque, en lenguaje coloquial, "se lo haya creído", sino sobre todo, porque nada puede desmitificarse en verdad a sí mismo ya que no a sí mismo se mitificó, y sólo en el *más allá* continuado del propio mito, y su desmesura *contra* el mitificador, hallará a éste, lo simbolizará (asesinará en su caso) y logrará un relativo alivio para la personalidad sentida como quiebra, dualidad o atrofia. De El Dorado a Comala,

(19) Simón Bolívar: *Páginas selectas*. Ed. Aguilar; Madrid, 1975. Pág. 232-233.

como cantarían los corridos mexicanos, discurre el "Camino de Guanajuato", donde, como nadie ignora, "la vida no vale nada" (Pedro Infante). Porque el mito, y la Historia, la suplantó y lo que vale ahora es la figuración de un tiempo que ya está fuera de todo tiempo. Y las convulsiones guerreras, aunque tan modernas y reales como las de todos los tiempos, acabarán teniendo forma de batallas abstractas.

Lo que nos lleva, siguiendo la idea de esa exageración del propio mito usado como arma, y sobre todo como arma literaria (idea de otra parte tan íntimamente ligada al fenómeno de lo fantástico, del "realismo mágico" o como quiera la crítica llamarlo —luego lo veremos con más detalle y aplicación concreta—), a insistir en el aspecto de cómo, cuando ya nadie cree - ni necesita - la idea mítica del Nuevo Mundo, sólo sus propios escritores, y quienes la sufrieron, deben creerla para ser algo. Gabriel García Márquez, en lo últimos años y por medio de múltiples artículos, declaraciones y entrevistas se esfuerza en desacreditar su pretendida imaginación, llamándola realidad; y la personalidad desmedida de las personas y noticias que recrea, llamándola norma. Para ello, no sólo recurrirá a la meteorología, demostrando que en la Amazonia y el Caribe llueve más y de más inquietante manera que en Macondo; o la geografía, según los mapas mucho más enloquecida y barroca que un párrafo de *Paradiso*; o a su sinnúmero de tíos, primos, abuelas y demás familia, harto más mágicos que los paisanos de Pilar Ternera; procedimientos todos ellos que, ahondando en el mito impuesto (al que estamos llamando genéricamente El Dorado), buscan dejarlo exangüe para que García Márquez - y no sólo él, naturalmente - pueda tolerarlo; sino que, incluso, trae en su ayuda a los cronistas de Indias, a *La Araucana* o las visiones de los primeros conquistadores alucinados por este Nuevo Mundo y las imágenes legendarias que de la caballería andante, entre tantas ya expuestas, portaban. Así, certificándolas de alguna manera y refrendándolas, las priva de la carga de saqueo y posesión que, en cuanto míticas, tenían.

Nadie tiene medios de considerar, en principio (ya lo dijimos), mítico lo personal y propio, en tanto que forma parte sustancial de su vida, ni excesivas unas lluvias o pasiones, como no sea que alguien antes así las haya adjetivado por comparación con algún otro universo conocido. Toda geografía, pasión o vida, es, por supuesto, exagerada a su modo y, por tanto, susceptible de ser considerada mítica. No se vé cómo pudieran serlo unas más que otras. Pero sólo serán auténticamente mitologizadas en tanto que alguien ajeno lo diga e imponga; quien tiene el poder impone la mitología, y tiene el poder porque puede imponer mitologías aceptadas por los que, al cabo, las sufren. Al aceptar y aumentar este proceso, no se *sobremitifica* lo ya mitificado sino que se lo *normaliza*; y no se mitifica tampoco al mitificador antiguo se le simboliza (sea el Patriarca, sea Pedro Páramo). García Márquez, no únicamente, pues, se ha creído escritor americano según modelo al que, tal vez, no podría dejar de ajustarse un escritor americano desde la mitificación europea, sino que, para colmo, lo es. Vuelve así, convertido en un viejo muy viejo con unas alas enormes, el mito a su origen, cogiendo desprevenido al primer mitificador que ya lo tenía olvidado como todo lo que un día se depredó.

No todos, ni todas las exageraciones o proyecciones en el propio mito funcionan a la manera de García Márquez. Si lo hemos traído a ejemplo, aparte su indis-

cutible notoriedad y representatividad, es sólo porque, cada cuál con sus particularidades, el fin buscado y la intencionalidad sí suelen ser bastante semejantes. Nadie ignora las costumbres de Borges con la Historia ²⁰, su manera de tratarla y su visión doblemente hiperbólica en la forma y el contenido; tampoco, la dificultad que manifestó de averiguar si es Jorge o Luis (la misma expresada por Bolívar). Dificultad que es candor comparada con la radical certeza de Herry Belevan, por ejemplo, tan persuadido ya de ser otro que, a más de constituir su obra un deliberado plagio de plagios, afirma sin sonrojo: "Si me cruzara conmigo mismo un día en la calle, no sé si me tomaría la molestia de saludarme..." (pese a que, como tantos, es diplomático) ²¹. Cada cuál, ciertamente, se exagera y abusa de sí como puede cuando escribe. Sólo hay una manera de estar a gusto, pero infinitas de estar molesto; una única de soportar Historia y Mitología, pero millones de no soportarlas, y todas ellas, por definición, desmesuradas. A Roa Bastos, *Yo, El Supremo*, que podría ser la cara opuesta a los excesos de la fantasía, le resultó en conjunto tan hipérbolica, prolija e improbable, desde el extremo opuesto, como cualquiera de sus similares sin tan rigurosa erudición histórica (*El otoño del Patriarca, Señor Presidente, El recurso del Método...* ¿que tocan el tema del dictador, necesariamente común a esta narrativa. Onetti, por su lado, ofrece una Santa María —sobre todo en *El Astillero*— lugar más cercano a Comala que a El Dorado, donde ya todo lo que debía suceder ha sucedido, y como era previsible en mala hora, de modo que se hace necesario llenar los amplios vacíos con angustia y los desiertos de la propia narración con palabras sin fin conocido para que se vea que, en efecto, realidad, argumento y forma literaria acaban de zambullirse en un abismo. Santa María es la oficina donde trabajaba Kafka, pero muchos años después de la muerte de Kafka. Santísimo de Nérida Piñón (*Tebas de mi corazón*), La Habana de *La Habana para un Infante Difunto*, y hasta el alegórico microcosmos cuartelario de

(20) Entre las múltiples frases de Borges y las múltiples citas de otros autores que en este sentido Borges utiliza, recogemos lo siguiente porque nos servirá para la explicación del último apartado: "Hume notó que los argumentos de Berkeley no admitían la menor réplica y no causaban la menor convicción. Esc dictamen es del todo verídico en su aplicación a la tierra; del todo falso en Tlön". (*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, en *Ficciones*, Alianza Emecé, Quinta edición, Madrid, 1976; pág. 21); y los versos de Yeats que disponen el inicio de otro cuento (*Biografía de Tadeo Isidoro Cruz 1829-1874, op. cit.* p. 55)

"I'm looking for the face I had
before the world was made".

(21) Harry Belevan: *Escuchando tras la puerta*, col. Cuadernos ínfimos, Tusquets Editor, Barcelona, 1975. Vargas Llosa en el artículo "Harry Belevan o el robo perfecto", que hace las veces de prólogo al libro, dice: "Harry Belevan pertenece a esta familia de parias, desembarazados de la gloria o la maldición (o, simplemente, el estorbo) de una nacionalidad. Es un cosmopolita y un extranjerizante sin paliativos, pero los críticos que ven en estos rasgos delitos gravísimos y corren a denunciarlos a la policía, se verían en dificultades si tuvieran que indicar por qué país o países ha desertado este cuentista el suyo".

En Belevan no es posible encontrar desertación alguna de Hispanoamérica, pero sí formidable crítica a lo que con ella hacen algunos autores.

Leoncio Prado (*La Ciudad y los Perros*) son lugares que participan de este tipo exagerado de conciencia histórica. Para qué hablar de *La exagerada vida de Martín Romaña*).

Por supuesto, autores habrá que no estén de acuerdo con esa desmesura (en el sentido dado en un principio de indagación y exarcebación del propio mito, con sus diversas maneras de afrontarlo amplificándolo); a tal efecto, y aunque se refiera sólo a García Márquez, el siguiente texto de Jaime Mejía Duque (*El otoño del Patriarca, o la crisis de la desmesura*, Medellín, Editorial La Oveja Negra, 1975) casi podría ser válido, mudando lo anecdótico y la crítica estrictamente textual, para gran parte de los tipos narrativos estudiados

“La hipérbole, recurso activo, al aglomerarse por sobre el límite que la economía de la expresión le fija internamente (su legalidad estética), se neutraliza en una especie de parálisis del relato, que se vuelve así reiterativo y ornamental, se congela para tornarse en una imagen, *la Misma*, multiplicada en el espejo de un agua inmóvil: la Gran Tautología. Esta última bien podría, pese a la advertencia de los filósofos, constituir un “género literario”, pero un género sin porvenir, nacido para fructificar una sólo vez - de sorpresa, de asombro - en un libro único, cuando más. Como la pornografía, la hipérbole nace destinada a languidecer pronto en el bostezo de un hastío sin fondo. El talento plástico y jocundo del escritor arriesga encontrar en ella su trampa definitiva. Por eso la cantidad de texto no agrega nada. Un capítulo será el libro entero y lo será en todo lo que el libro pueda contener de novedad y de repetición, de plenitud y de vacío, porque lo tautológico - versión sustancial de lo cuantitativo - es infinitud sin progresión, finitud repetida en la cuál no hay salto alguno hacia lo diverso y enriquecedor... El lector se vuelve indiferente al recurso exterior, le va invadiendo una impresión de monotonía, se encoge de hombros y es como si pensara: bueno, pues las vacas deambulan por el salón de audiencias, se comen las cortinas de terciopelo y las alfombras, se sanean en la ilusoria pradera de los gobelinos, etc., y el Patriarca manda que sea de día en plena noche, etc. ¿y qué?”

Porque, naturalmente, lo que Mejía Duque está echando en cara a García Márquez, y por extensión a mucha literatura Latinoamericana, es que tanto enfatizar, tautologizar y usar la exageración como arma (aún cuando bien se ha visto que difícilmente pudiera ser otra) lleve en suma al olvido de ciertos presentes, y al simulacro global que a su vez ya lo sería de otro simulacro, sin oficio ni beneficio reconocible. A fin de cuentas, al final del camino de Guanajuato está Comala, y en Comala, no habiendo vivos, hasta los muertos han tenido que aprender, por urgencia histórica, a suplantarlos.

“VINE PORQUE ME DIJERON QUE ACA VIVIA MI PADRE, UN TAL PEDRO PARAMO”.

Ciñéndonos ahora a México, porque su narrativa sigue un desarrollo muy ajustado a la teoría que hemos ido definiendo, nos centramos en tres obras. *Pedro Paramo*, primero. Solución de continuidad con la tradición y planteamiento de férreas

imposibilidades. Primera negación de la ya incomprensible hiperexplicación en términos de mera estadística de causa-efecto, como era hasta entonces tónica en el tratamiento de lo mexicano. Apuntemos que es tal vez por coherencia con esa negación que Rulfo se muestra personalmente tan escurridizo. Remiso —en entrevistas ni opiniones, que además son casi inexistentes— a racionalizar su obra, aboga tácitamente por la *ausencia de explicación* toda está en ese centenar de páginas renovadoras. Ya se han encargado otros de parafrasearlo, amplificarlo y centonarlo.

Pero, como *Pedro Páramo* es creadora de un nuevo interrogante respecto a la Historia, veremos las dos posteriores respuestas enfrentadas: *Terra Nostra* de Carlos Fuentes y *Palinuro de México* de Fernando del Paso.

La narrativa mexicana, desde *Al filo del agua* (1947) de Agustín Yáñez, va a intentar la construcción de unas obras que sin renunciar a la exacerbada problemática local se propondrá como formas de una reflexión y explicación más amplias, dejando ya de lado la labor cronística. La crónica (como lo era la anterior “novela de la Revolución”) se trueca en reinterpretación. O, si se quiere un término menos intelectual y más exacto, en imagen (y no puede haber una imagen completa sino de algo que históricamente ha concluido). Así, Comala es ya *toda* la realidad. Contiene en sí toda la explicación de ese mundo y todos los enigmas. No podemos adivinar otras vías de conocimiento que nos impulsen hacia fuera de Comala. Rulfo recoge los símbolos míticos de *su* realidad perenne y nos los presenta. Y lo que a nosotros nos permite reconocer que son tales símbolos universales es el esfuerzo cognoscitivo que nos imponen, la tensión con que intentamos aferrarlos e incorporármolos. Es un mundo cerrado cuya generatriz Hugo Rodríguez Alcalá define como *nostalgia del paraíso*; precisamente lo que pierde al final a Pedro Páramo, y a todos los otros personajes, será su ilusión, querer salir del envés del Paraíso que es Comala. Son personajes que purgan, y deben purgar, un pecado informe, una culpa abstracta, innominada, que sobrevuela los maizales antaño fecundos. Dice Rulfo “En realidad es la historia de un pueblo que se va muriendo por sí mismo. No lo mata nada. No lo mata nadie. Es el pueblo. El pueblo que nunca tuvo conciencia de lo que podía darle la situación en que estaba (...). En primer lugar, un pueblo fértil, lleno de agua, de árboles, clima maravilloso. Cómo aquella gente dejó morir el pueblo. Cómo se justificaba el querer abandonar aquellas cosas. Su casa, todo. Por qué han dejado, como quien dice, arruinar todas aquellas tierras. *Por qué otra cosa sino por cierto delito del pasado, ciertas actitudes del pasado*”. El proceso que venimos describiendo se entiende y se cierra con la lectura de *Pedro Páramo*. Ese “cierto delito del pasado” no está explícito; es la Historia que ha mostrado inviable su explicación habitual (como la advertencia de Hume a Berkeley, en nota ²⁰). Sigue Rulfo: “En realidad no se trataba de involucrar ninguna época, ni revolución ni nada. Ninguno de esos materiales. Simplemente involucrar los hechos que habían pasado ahí. Y nunca se menciona una fecha” ²²

(22) La voz de Juan Rulfo que transcribimos está sacada de Reina Roffé: *Juan Rulfo. Autobiografía armada*, Ed. Corregidor, Buenos Aires, 1973.

Hay en todo este tipo de narrativa —no sólo en Rulfo— como una necesidad obsesiva, enfermiza, de “rebautizar”, de remontarse al tiempo en que las cosas no eran sólo sus nombres (y aun éstos dictados desde otro tiempo y otro lugar), de consagrar de nuevo un espacio mítico propio, inalienado, capaz de dar sustento a una nueva *Creación* que quieren suya y voluntaria (las diferencias con novelistas como Gore Vidal serían dignas de análisis detallados). Pero mientras tanto, en un primer estadio —el de *Pedro Páramo*—, lo único que encontrarán son muertos; el páramo de Pedro, el pasado, un pasado que no habla porque la Historia le ha comido la lengua. Luego, más tristemente aún, los fantasmas más antiguos de la humanidad, la misma raíz de lo que querían rechazar (en Terra Nostra se está siempre estérilmente a vueltas con los que transmigraron al Nuevo Continente, *Palinuro de México* ofrece una propuesta nueva que luego veremos). Continúa Rulfo “Después, al imaginar el tratamiento del personaje, lógicamente me encuentre con un pueblo muerto. Y claro, los muertos no viven en el espacio ni en el tiempo”. Pero, de todas formas, aunque “Pedro Páramo no estaba situado en una época, estaba situado en una región”. En principio puede ser Sayula,

alisco; pero da igual cuando descubrimos que es únicamente la de la Muerte (palabra que también se escribe con mayúscula en las tres novelas), la de una Historia concluida hace un tiempo indefinido (no sólo desde el fin de la Revolución, que no es más que uno de tantos fenómenos). “¿Mi trabajo? Hechos históricos de ciertas épocas revueltos de tal forma que no se sabe si coinciden con el siglo pasado o con un siglo tres veces anterior. Y donde no recuerdo, pues a ver que le colgamos a la historia. Lugar con los hechos ciertos y ficticios hasta saber si lo ficticio desvirtúa la historia o al revés. Yo tengo el palpito de que la ficción va a ganar; por más real”. Se toman casi como un deber “desvirtuar” una historia, una explicación que no acaban de entender porque, en cierto modo, les es ajena. *Comala, en este sentido, es el recuerdo de un EID orado que nunca hubo*. La literatura copiará las formas del mito y del símbolo esperando que el corazón vuelva a palpar naturalmente en ellas²³. Pero olvida a veces que ella sabe inventar mientras que el mito vive de fé. *La ingenuidad de la barbarie para la cual la fantasía es conocimiento objetivo, no vuelve una vez violada*. (Todos muertos, dice también, desde el extremo opuesto del Universo, Harlem, Chester Himes). *Pedro Páramo* intenta situarse en el delgadísimo margen que a esa fe le resta. Su concisión, su estética opuesta al barroquismo, su estilo directo en la frase y circunvolucionado en el todo, demuestran el deseo de volver a ese cada vez más inencontrable “conocimiento objetivo”. Es la *deformadora* capacidad de asimilar, para desnaturalizarlas, las influencias que no se aceptan (echando, por supuesto, mano a la mejor arma posible, la única capaz de suplir los subterfugios de la realidad que se nos escapan y que ha dado en llamarse “imaginación fantástica”), consecuencia del avasallante hecho cultural americano. La Historia, como en el dibujo de Duchamp, enseña por el *método de tener el aprendiz al sol*. Y, tanto, que acaba viendo fantasmas; los de su *propia* historia, exactamente. En este momento el aprendiz habrá aprendido. Hay, desde luego, insolaciones irre recuperables por haberse empeñado erudita y concienzudamente el aprendiz en ver sólo los fantasmas de los demás (a riesgo de aburrir, diremos otra vez *Terra Nostra*);

(23) Ver a este respecto César Pavese, op. cit., pp. 91-97.

pero no así Rulfo, *Palinuro de México* (contra lo que podría parecer en la superficie)..., o Roa Bastos, que dice "Yo, creo que la manera de leer la Historia exige una serie de exploraciones nuevas a cada lectura (...) Creo que la Historia está compuesta por procesos y lo que importa en ellos son las estructuras significativas, para encontrarlas hay que cavar muy hondo y a veces ir contra la Historia misma. Esto es lo que yo he intentado hacer y es lo que más me costó en la elaboración del texto (se refiere a la siempre elogiada *Yo, el Supremo*); este duelo, un poco a muerte, con las constancias documentales, para que sin destruir o anular del todo los referentes históricos, pudiera, sí, limpiarlos de las adherencias que van acumulando sobre ellos las crónicas, a veces hechas con buena voluntad pero con mucha ceguera". Es, Roa Bastos, otro autor más cuyo interés irá de los problemas "regionales" a los más "universales". No de la Historia al personaje, que es lo que se hace en *Terra Nostra* y en tantas otras novelas, sino del personaje a la historia y, en todo caso, de ahí a la Historia; que es lo que nos parece pertinente. Ya leemos en *Hijo de Hombre*, la anterior a *Yo, el Supremo*, algún rasgo en este sentido; el narrador demuestra su lucidez: "Mi testimonio no sirve más que a medias. Ahora mismo, mientras escribo estos recuerdos, siento que a la inocencia, a los asombros de mi infancia, se mezclan mis traiciones y olvidos de hombre, las repetidas muertes de mi vida. *No estoy reviviendo estos recuerdos, los estoy expiando*"²⁴.

Toda esta que hemos simbolizado en *Pedro Páramo* será, sin duda, narrativa de expiación; del mismo modo que Juan Preciado ("Vine porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo...") irá a vengarse de su padre y acabará cayendo en el "rencor vivo" de un pueblo muerto, revolcando toda la eternidad —como Blacamán—, entre las paredes de la fosa, una culpa sin nombre hecha de los deseos e ilusiones de todos los habitantes de Comala (recordemos que la muerte de Comala acaece al confundirse el doblar de las campanas por la muerte de Susana San Juan con el anhelo de desahogo que todos albergan en sus corazones).

*Terra Nostra*²⁵ y *Palinuro de México*²⁶ participan en alto grado de las intenciones señaladas. Los resultados serán diametralmente opuestos. Las dos pretenden responder por una parte al "¿y qué?" de Jaime Mejía Duque y por otra a la desolación de Comala; y las dos con las mismas armas de la 'desmesura' y la fantasía. A *Terra Nostra* ya la hemos ido caracterizando a lo largo de estas páginas y podría hacerse más minuciosamente aplicando el cliché que hemos establecido. En Carlos Fuentes la "terra nostra" está muerta, los personajes también. Pero de tedio; y porque no son personajes sino paradigmas o emblemas. Su conclusión es la muerte por tedio, por el asco profundo, pero simplísimo, a la historia y la cultura. París (símbolo de "Europa" al modo antes expuesto) sólo produce Abortos, Anticristos, Carne Chamuscada... con la misma poca inteligencia, incluso literaria, que los *Paisajes después de la*

(24) Ed. Argos Vergara, Barcelona, 1969.

(25) Ed. Seix Barral, Barcelona, 1975.

(26) Ed. Alfaguara, Madrid, 1977.

batalla de Juan Goytisolo²⁷. Y América, el silencio de un "mapa de plumas", *letimotiv* de la obra, perdido en alguna pirámide mohosa del centro de la jungla. Personajes-símbolo, palabras-símbolo, cultura-símbolo, sintaxis-símbolo... "Todo está cargado de simbolismo —admitió Fabricio no sin cierta ternura—", replicará con sorna *Palinuro de México* (pág. 528), que se hace eco de la indicación de José Asunción Silva:

"De los filósofos etéreos
huye la enseñanza teatral,
y aplícate buenos cauterios
en el chancro sentimental ..."

Terra Nostra es la continúa sensación de haber llegado tarde a todo (como el protagonista de *Bomarzo* de Manuel Mújica Láinez, excepcional maestro de estos desajustes²⁸). Harry Belevan tiene un cuento, prodigioso en su concentración de aciertos, *El nacimiento de los mitos*²⁹, que pone el dedo implacable en esa llaga. A partir de la frase "El segundo problema lo llamó el general Dante W. Cajahuaringa ("machote William"), el problema cultural...", se lanza a la crítica de esta forma de enfocar historia y cultura; e, indirectamente, de toda esa narrativa trágico-llorosa a la búsqueda de su identidad por caminos de mulas. "Esa noche, en la tranquilidad de su hogar, el general Dante W. Cajahuaringa ("machote William") se sintió realmente importante, porque tuvo esa sensación inconfundible que su vida, al fin, encontraba una misión. 'Porque todos tenemos un sentido en la historia —se dijo— tan sólo que nos pasamos la vida entera buscándolo. Yo, gracias a Dios, lo he descubierto ahora, antes de que sea demasiado tarde'. Y pensó que él siempre había querido ser artista, tal vez escritor o ebanista, y que al fin y al cabo era más culto que sus conciudadanos ¿Cuál de ellos había leído, por ejemplo, *la Divina Comedia*?, se dijo. Y recordó que él se llamaba Dante. (...) El ministro de Cultura y Asuntos Afines le explicó rápidamente al general de las decisiones que (pendientes de su aprobación, claro está), la Subcomisión había tomado en los últimos dos días: consulta de los diccionarios con los que contaba la biblioteca central de la capital (inglés, francés, español y el ruso, a medio destruir por la última campaña anticomunista, pero que por suerte guardaba aún las páginas referentes a 'leyendas', 'mitos' y 'tradiciones'); consulta de la Enciclopedia Británica, edición 1921; convocatoria de los maestros de historia y literatura de los principales colegios de la nación; y fichaje de todos los textos que trataran de la cultura de la otrora región y ahora nación independiente de Teremeter". Léase ahora, sin risa, la página "Reconocimientos" de *Terra Nostra*.

Con todo y sin embargo, en la narrativa mexicana aparece el año 1974 (el mismo de *Terra Nostra*) una novela, a nuestro modo de ver, del todo excepcional, *Palinuro de México*; obra de rara maestría y feliz, aunque agotadora de sus propias fuentes y por ello seguramente irreplicable en su magnitud, propuesta hacia el futuro.

(27) Montesinos Editor, Barcelona, 1982.

(28) Ed. Planeta, Barcelona, 1975.

(29) Op. cit. pp. 19-32.

Deberemos restringir nuestro análisis a dos aspectos que los escogemos lo suficiente amplios y generales para transpolar a otros ámbitos de crítica y para no cerrar la posibilidad de comparación entre las obras hasta aquí citadas: el tratamiento de lo fantástico (histórico) y lo que, a falta de un nombre más adecuado, llamaremos simulación de la realidad; aspectos evidentemente imbricados aunque ni mucho menos idénticos. Y todo ello sólo desde el punto de vista en que estamos situados.

Hemos visto cómo en Hispanoamérica no se hace hoy novela histórica, como sería lógico (y lo fue) en Europa, para dar con aspectos extraordinarios, emotivos, o incluso fantásticos, sino que —en líneas generales— a partir de todo esto, de lo fantástico sobre todo, se hace novela histórica por ver si así dan con la Historia (procedimiento que ha sido recogido por algún autor europeo; Günter Grass y su Gdansk de *El Rodaballo*³⁰, por ejemplo).

Es el libro de Irène Bessièrre, *Le récit fantastique*³¹, el que más sirve a nuestro propósito. Bessièrre argumenta que lo fantástico refleja, bajo el juego aparente de la invención pura, las metamorfosis culturales de la razón y de *lo imaginario comunitario*; con lo cual, su estudio, tiende siempre hacia lo “fantasmático” de los pueblos, la imaginación histórica. El relato fantástico deviene el discurso comunitario más amplio y más disparatado, en donde se concentra todo lo que no puede decirse en la literatura realista o cronista. Recoge los temas más diversos: lugar de fantasmas banales, *se construye sobre una vasta carencia colectiva*. Y colectiva no exactamente de un pueblo en un momento, sino de *todas* las vidas individuales. Todos nos debemos sentir implicados. Cualquier lector de *Terra Nostra* percibirá, pues, un evidente desajuste entre ese intento de coacción que a todos nos quiere implicar y la problemática histórica concreta que está dilucidando; no consiguiéndose así ni una cosa ni otra. Desajuste que no existe en *Palinuro de México* por partir claramente del otro extremo: el “yo” más absoluto, no los prejuicios de la Historia. El cuerpo humano concreto, rezumante de mucosidades y humores, enfermedad y palabras; no de los símbolos al hombre, para constituirlo, sino del hombre, con la mediación exclusiva de la palabra y de la *apariencia* de la realidad, a la realidad posible (la que queremos: Palinuro —encarnación del deseo del protagonista—, que aunque lo mate un tanque “tres veces”, justamente en la Plaza de las Tres Culturas, renacerá después por mediación de todas las culturas, de todos los mitos, trocados en “Todas las rosas, todos los animales, todas las plazas, todos los planetas, todos los personajes de mundo” (título del último capítulo); de todo —en definitiva— el placer intransferible, único motor del

(30) Ed. Alfaguara, Madrid, 1980.

(31) Larousse, col. *Thèmes et textes*, París, 1974.

El problema de la fantasía es uno de los más estudiados en relación con la actual literatura hispanoamericana. Pero, aún así, definir lo fantástico es tarea por hacer. Entre las obras que hemos consultado anotamos:

Alejo Carpentier: *Tientos y diferencias*, Ed. Arca, Montevideo, 1973.

Emilio Carilla: *El cuento fantástico*. Ed. Hachette, Buenos Aires, 1968.

Ariel Dorfman: *Imaginación y violencia en América*. Anagrama, Barcelona, 1971.

Harry Belevan: *Teoría de lo fantástico*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1976.

deseo de existencia). Lo que nos recuerda el estribillo de una de tantas canciones que nacen al desamparado socaire de las grandes urbes nagüelas, callampas chilenas, solares cubanos, villas-miseria argentinas, cantegriles uruguayos, ranchitos venezolanos... o, en este caso, favelas brasileñas, que reza, con el mismo acierto que *Palinuro*, una efectiva concepción de la literatura:

“Acender as veias
ja é profissãõ
quando não tem samba
e tem desiluçãõ”³².

Palinuro parte de la única convicción cierta el destino es individual; a fin de cuentas, anatómico. La Historia y la fenomenología, por tanto, modificables sólo instalándose dentro de ellas y haciéndolas reventar con la palabra más próxima a la vida.

Esto así, el empeño de Carlos Fuentes al escribir *Terra Nostra*, lo consideramos caso extremo y ejemplar de lo que Fernando del Paso llama la “ceguera de un crítico de arte”³³. Todos los personajes de *Palinuro* de México dan, tanto o más, mucho más, que en *Terra Nostra*, constancia de que por sus venas más que sangre corre toda la cultura universal; científica, artística, estrictamente histórica. Saben y tienen presto cualquier dato, cómo se llamaba y qué hizo el médico de cámara de Felipe II, la historia y la prehistoria y la protohistoria. Pero, a fin de cuentas, qué propuesta va a salir de ahí si no pasa por una efectiva, demoledora —y, por tanto, *primeramente individual*— desmitificación y consiguiente liberación de todo ello. Esta es la enorme diferencia a favor de *Palinuro*. De Carlos Quinto no hay nada que ignore ni que, lícitamente, pueda ignorar pero todavía puedo hacer una cosa más, plantarme frente a los tanques y las porras de la matanza de estudiantes de la plaza de las Tres Culturas justamente “como Carlos Quinto, que usaba el pene como espada al cinto” (p. 519); porque “Yo creía saber algo de historia de Europa, viejo, y me di cuenta que no sabía nada. ¿Pero qué me importaba? La historia del mundo se remonta a nuestros recuerdos más lejanos lo demás es pura fábula”, reflexiona el primo alter (p. 580) quien es, además, el personaje más sabio, preocupado y erudito —si cabe— de la novela³⁴. Todo el monólogo del primo alter en el capítulo 22, “Del sentimiento tragicómico de la vida”, es irrecusable; en verdad no hay página que sobre. Se lamenta, desde Londres, porque “se comienza siempre jurando que jamás no conmoverá una canción ranchera o la relectura de la Suave Patria, y acaba uno gritándole a los ingleses no digamos que la Iglesia y el Estado están separados en México desde hace más de un siglo, o que nacionalizamos en 1938 los veneros de petróleo que nos dio el diablo, sino echándoles en cara que si no fuera por nosotros

(32) Méri Franco-Lao: *Basta! Canciones de testimonio y rebeldía de América Latina*. Biblioteca Era, México, 1974. Pág. 106.

(33) Vid. *Palinuro de México*, cap. 20.

(34) Fernando del Paso no se enreda ante la utilización clara de materiales previos, dándoles insospechados giros. En el caso de este personaje es obvia la cercanía de *Tristram Shandy*.

no tendrían ni pipas, ni tabaco, ni jitomate, ni chocolate. Lo que es fundamental, ni mariguana. Tarde o temprano uno acaba orgulloso de las mismas estupideces y de los cuchillos de jade del Museo Británico y de las máscaras mexicanas del Museo Horniman..." (p. 565). Y es entonces cuando uno se ha convertido en un imbécil que no podrá hacer sino engordar el mismo desastre que permite que el Partido Revolucionario Institucional continúe por los siglos de los siglos corrompiéndose en el poder. "Palinuro en la escalera o el arte de la comedia" es la demostración de esto en clave de ópera bufa.

Tanto *Palinuro* como *Terra Nostra* presentan también otra convergencia de intención en lo fantástico (que luego sus respectivos desarrollos se encargarán de distanciar); en el tipo de fantasía *desveladora* al modo quevedesco *La Hora de Todos* se cita varias veces en ambas. Pero sería muy largo —y tal vez fuera de lugar— desarrollar este punto. De todas formas, el "Viaje de Palinuro por las Agencias de Publicidad y otras Islas Imaginarias" y "La última de las Islas Imaginarias: esta casa de enfermos"³⁵ serán, sin duda, el núcleo del pensamiento de Fernando Paso; casi el envés y la parodia del que preside *Terra Nostra* (no parodia consciente, sino en tanto que hace fútil y no deja espacio a lo presuntamente parodiado). "Barroco pristinus" y "barroco oficialis" respectivamente.

Aquella fábula de Borges en que los cartógrafos del Imperio trazan un mapa tan detallado que llega a recubrir con toda exactitud el territorio es perfecta como ejemplo. Es lo que consigue Carlos Fuentes con su "mapa de plumas" y, por ende, con su novela: explicación *previa*, nacida muerta, aplastada la estética y la narración por un magma histórico y cultural mal digerido, salmodia perfecta de una inútil pero bien aprendida lección en las aulas de Cambridge. Fernando del Paso, por contra, sabe que ya habita ese mapa. Todo es figuración, imagen, Isla Imaginaria, Isla Transparente, *los Limbos del Pacífico* de Michel Tournier, "publicidad", simulacro en fin (sería abrumadora la cantidad de citas enjundiosas e intensificadoras que desde *Palinuro* podríamos traer a colación). Y sabe que lo peor sería intentar hacer un simulacro de ese simulacro. Es un momento difícil en que el territorio ya no precede al mapa ni le sobrevive. En adelante es el mapa el que precederá al territorio. Fernando del Paso sabe, retomando y siguiendo más allá de la fábula borgiana en que los jirones del mapa acaban esparciéndose sobre el territorio al fin del Imperio, que hoy son los jirones del territorio los que se pudren lentamente sobre la superficie del mapa. Son los vestigios de lo real, no los del mapa, los que todavía subsisten esparcidos por unos desiertos que ya no son los del Imperio, tan siquiera, sino nuestro desierto, el propio desierto de lo individual, y a esos jirones hay que aferrarse con uñas y dientes. Este es el sentido de la "bajada a los infiernos" de *Palinuro* en estos quevedescos capítulos. Su único paraíso, el de la palabra. Palabra radical que destruye y constituye todo. Especialmente el exuberante amor entre los primos en aquellos capítulos en que ponen el mundo boca abajo y patas arriba y lo dejan atónito, porque

(35) Capítulos 11 y 18. El título "Esta casa de enfermos" está tomado del *Pregón de los Hospitales*, del poeta colombiano Alvaro Mutis.

la única manera de entenderlo y vivirlo es escurriéndose por los resquicios del simulacro heredado y reventando dentro. *Buscar lo real de una explicación ya de por sí fantástica y no al revés.* Se escribe así uno de los amores más corrosivos que ha visto la novelística de las últimas décadas, directamente beneficiario del legado surrealista (vid., por ejemplo, el capítulo "Una historia, otras historias"). Ya hacia el final, aun haciéndose explícito este recurso ³⁶, los amantes seguirán jugando con lo que tienen —las palabras, lo que en definitiva son—, y amándose furibundamente por más que sepan y racionalicen la especie de "pasado imperfecto" (pero no cliché o plantilla) con que han construido y empapelado las paredes del pequeño cuarto de la Plaza de Santo Domingo ³⁷ "y en esto estábamos cuando nos avisaron, Palinuro, que estabas por nacer". Y así, con la fuerte conciencia de que el Paraíso no es histórico, no está situado como síntesis dialéctica entre una edad tesis y una edad antítesis, sino que se da *de una vez por todas*, con la conciencia de que en cuanto un pueblo pone un pie en la historia el Paraíso huye a otro lugar, Palinuro concitará, para venir a nacer al mejor de los mundos posibles, *toda* la historia a la vez; menos, sería traicionar el presente. Así, el futuro está asegurado en la lucidez de sus palabras, muy próximas a la Realidad (en la que la ficción se ha integrado), que no podrán ser usadas más que por él, símbolo, en última instancia, de Hispanoamérica.

(36) "De todas maneras (dice Palinuro), mi prima y yo tuvimos que confesar que jugábamos demasiado con las palabras..." (pág. 709) y a renglón seguido la búsqueda de una palabra casi destroza la casa.

(37) Es iluminador para el término *simulacro*, aunque él lo use para interpretar papel de la política en el mundo actual, *Cultura y simulacro* de Jean Baudrillard. Ed. Kairós, Barcelona, 1978.